LA INTERNACIONAL.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

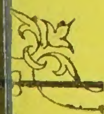
original de

D. CALISTO NAVARRO.

Estrenada con extraordinario éxito en Madrid la noche del 24 de Noviembre de 1871.

MADRID:
IMPRENTA, JESUS DEL VALLE, 15, BAJO.

1871.




LA INTERNACIONAL.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

original de

D. CALISTO NAVARRO.

Estrenada con extraordinario éxito en Madrid la noche del 24 de Noviembre de 1871.

MADRID:
IMPRENTA, JESUS DEL VALLE, 15, BAJO.

1871.

A SU BUEN AMIGO

D. ANTONIO MARÍA BETEGON,

Recuerdo afectuoso de

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	Sra. D.ª Sofía Galí.
CLARA..................	» Matilde Matheis.
MARIANA................	» Isabel Sanchez.
MARCIAL................	Sr. D. Juan Campo.
D. ANDRÉS	» Manuel Nogueras.
FEDERICO..............	» Fernando Carmona.
ANTONIO	» Federico Balada.
UN OBRERO...........	» Marcos Ubis.

OBREROS.

La accion en nuestros dias, y en una fábrica de tegidos de Barcelona.

Por circunstancias especiales, y accediendo á los deseos del autor, se encargó el Sr. Nogueras del papel de D. Andrés, *ageno á su carácter, y al hacerlo constar el autor, desea darle un público testimonio de su gratitud, sin olvidar á los demas artistas que han contribuido al mejor éxito de la obra, á pesar del poco tiempo que han tenido para hacer un detallado estudio.*

ACTO ÚNICO.

Gabinete bien amueblado, puerta al foro y laterales, velador con periódicos, sillas, cortinas, butacas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA *limpiando;* ANTONIO *leyendo en un cuaderno pequeño, y sentado en una butaca.*

MARCIAL. Vamos, ayúdeme usted
á dejar limpia esta sala.
ANTONIO. *(Leyendo.)* Del Consejo federal,
artículo quince...
MARIANA. Vaya,
¿quiere usté ayudarme, ó no?
ANTONIO. ¡Ya voy, ya voy! ¡Qué muchacha!
Déjeme usted que concluya
los Estatutos.
MARIANA. Me agrada.
¿Y qué Estatutos son esos?
ANTONIO. Los que al hombre le señalan
la senda del porvenir
sin esclavitud, sin trabas.
MARIANA. ¿A ver? *(Leyendo.)* ¡La Internacional!!
(Persignándose.)
¡Santísima Vírgen Sagrada!
Tire usted ese librote
al fuego
ANTONIO. ¿Quién me lo manda?
Pus hombre, estaria gueno
tirar yo este cacho é grasia:
¿sabe usté lo que este libro
dise? Ascuche osté, paisana:
el que es internacional
come bien y no trabaja:
si es probe, se güerve rico;
si es criao, aluego manda;

y los que antes eran amos,
venden ajos en la plasa,
ó limpian botas, ó van
por er mundo á cuatro patas:
¿y quiere osté que yo tire
el libro? ¡Ni mas ni mangas!

MARIANA. ¿Y eso es verdad?

ANTONIO. Me lo ha dicho
uno de los que trabajan
en la fráica den frente;
el ma inscrito; y dao palabra
de que antes de quinse dias
voy á ser un Patriarca.

MARIANA. Entonces, ¿usted es de esos...
de esos...? ¡ay! ¿cómo se llaman...?
¡Petrolistas!

ANTONIO. ¿Petrolistas?

MARIANA. ¡Sí!

ANTONIO. Señora, osté está en Babia:
yo soy internacional
porque sí, con mucha grasia,
pá darle catite al orbe
y palique á las chavalas.

MARIANA. ¡Qué mundo, qué sacrilegios!
¿Cómo es posible que vayan
bien las cosas, si estos hombres,
ya de accion, ya de palabra,
están ofendiendo á Dios
contínuamente?

ANTONIO. Paisana,
no sabe osté lo que dice,
ó está osté mal informada:
gracias á esta asociacion,
que germina hoy en España,
porque sí, todas las suegras
quedan borradas del mapa.

MARIANA. ¿Cómo?

ANTONIO. Borrando las bodas,
que es moda antigua y mu mala.
La familia es un estorbo,
mas claramente, una carga
que del bien desvia al hombre,
y no sirve para nada.
¿Que le gusta á uno una jembra?
Pus andando; sin palabras
se la coje de la mano
y se la lleva uno á casa,
y al otro dia, espresiones;
y se busca otra, barbiana,

porque sí, ¿está osté? ¡Canela!
Y así la vida se pasa
buscando güenas mujeres
pa que le den á uno... el habla

MARIANA. ¡Pobre de mí!

ANTONIO. No, señora,
si con osté eso no canta:
¿quién es capaz de atreverse
con la mare del rey Wamba?

MARIANA. Solo de oirlo me espanto.

ANTONIO. Hase osté mal si se espanta:
con una cara como esa
no hay que tener miedo á nada.

MARIANA. ¿De veras? *(Con coquetería.)*

ANTONIO. Cualquier cristiano
se atreve con esa cara.

MARIANA. ¡Insolente!

ANTONIO. ¡Bruja! ¡nea!

MARIANA. Y á mucha honra; y mañana
ó el otro, cuando las cosas
se arreglen como Dios manda....

ANTONIO. Sí; cuando venga don Cárlos.

MARIANA. Que será pronto, á Dios gracias...

ANTONIO. (*Cantando.*) Disen que vienen los rusos.. .

MARIANA. No hago caso á sus palabras,
porque aunque usted no lo crea,
vendrá, para bien de España.

ANTONIO. Montao en el alcornoque,
que ya le dió tanta fama.

MARIANA. No hable usted mal de D. Cárlos
porque le araño.

ANTONIO. ¡Ay qué guasa!
Pus miste, untao de petróleo
no daria mala llama.

MARIANA. ¡Pobrecillo! ¡Qué intenciones...!
¡Herege!

ANTONIO. ¡Reaccionaria!
Cuando toos seamos iguales,
y yo disponga á mis anchas,
voy á mandar que la emplumen,
porque sí, so mala cara;
y va osté á dir por las calles
llena de miel de la Alcárria.

MARIANA. ¿Y será capaz de hacerlo
como lo dice?

ANTONIO. Pus vaya,
¿no lo he de haser? si me sobran
para ello genio y agallas.

MARIANA. ¡Mal hombre! Pobre de usted

si un dia viene la Santa
Inquisicion.

ANTONIO. ¡De verano!
Límpiese osté, que eso mancha:
el dia que se arme el cisco
la he de ver á osté embreada.

ESCENA II.

Dichos, y D. ANDRÉS.

D. ANDRÉS. ¿Qué es esto? ¿Por qué esas voces?

MARIANA. ¡El amo!

D. ANDRÉS. ¿Qué es lo que pasa?

ANTONIO. Nada... que esta... inquisiora...
dise... que... y no me hase grasia...
porque como yo...

MARIANA. ¡Mentira!
Yo de eso no he dicho nada,
sino que él fue quien me dijo...
pues... y yo le contestaba...

ANTONIO. Mire osté, fue...

MARIANA. Deje usted
que yo se lo cuente.

D. ANDRÉS. Basta;
entre compañeros nunca
está bien meter cizaña:
dejarse ya de cuestiones,
y al trabajo; usted, Mariana,
vaya dentro, mi sobrina
me parece que la llama.

MARIANA. Voy al instante, señor.
(¡Hum...! ¡Chismoso!) *(Al marcharse.)*

ANTONIO. *(Ap. á ella.)* ¡Cataplasma!

D. ANDRÉS. ¿Se levantó el señorito?

ANTONIO. No le he visto; mas la cama
estaba sin deshacer;
no debió dormir en casa.

D. ANDRÉS. (Siempre lo mismo.) Está bien,
puedes marcharte.

ANTONIO. *(Yéndose.)* (Huy que cara:
este es el único rico
de quien tendré arguna lástima.)

ESCENA III.

D. ANDRÉS, *luego* CLARA.

D. ANDRÉS. ¡Triste existencia la mia!
Cuando las fuerzas me faltan,

y apoyo busco en el hijo,
faro de mis esperanzas,
hallo el vacío tan solo
por consuelo á mis desgracias.
¿Qué me importa que el dinero
rebose há tiempo en mis arcas,
si sé que solo me sirve
para autorizar su holganza!
arrastrado por el vicio
la vida agitado pasa,
sin ver que ya mi cabeza
se va cubriendo de canas,
y que el apoyo de un hijo
mas que nunca me hace falta
para endulzar las angustias
de una vida que se acaba.

CLARA. ¡Tio!

D. ANDRÉS. Ven aquí, hija mia,
que en mi dolor olvidaba
que aun existe en este mundo
quien de su deseo en alas
sabe con tiernas caricias
hacerme olvidar las ánsias
que al peso del infortunio
se apoderan de mi alma:
aun tengo un angel piadoso
que consuele mi desgracia.

CLARA. ¡Desgracia! ¿Pues qué sucede?
Hable usted.

D. ANDRÉS. De nuevo, nada,
Federico...

CLARA. De seguro
algun cuento: hay quien se afana
en esparcir la tristeza
donde mas felices se hallan.

D. ANDRÉS. No, hija mia; no los ojos
necesito que me abran
para ver de Federico
la conducta relajada;
él mis consejos desoye;
él desprecia mis palabras,
y al precipicio camina,
donde por premio le aguarda
el desprecio de las gentes
que se tengan por honradas.

CLARA. Usted abulta los hechos,
y les dá mas importancia
de la que tienen en sí;
su cabeza atolondrada

le hace parecer acaso
mucho peor; conque vaya,
no hablemos mas del asunto,
y ponga usted otra cara.
El es jóven, y á su edad...

D. ANDRÉS. Tú en disculparle te afanas,
pero en vano: yo tambien
fuí jóven; mas no olvidaba
que en pos de las diversiones
el trabajo siempre halaga
en tanto...

CLARA. Aquí le tenemos.

D. ANDRÉS. Ya es hora de entrar en casa.

ESCENA IV.

Dichos, y FEDERICO.

FEDERICO. Por mi fé que no me esplico
cómo hay gente tan ufana
que á las seis de la mañana
se levante. *(Sin hacer caso de su padre y Clara.)*

CLARA. *(Llamándole la atencion.)* ¡Federico!

FEDERICO. ¡Hola!

CLARA. Yo lo estraño en tí
cuando tan dormilon eres,
y sin duda los quehaceres
te asedian.

FEDERICO. ¡Así, así!
Y tú, prima... (no es reproche);
pero mucho has madrugado.

D. ANDRÉS. En cambio usted ha pasado
fuera de casa la noche.

CLARA. No, tio, segun yo creo
fué por un asunto urgente...

FEDERICO. No hay tal, chica, francamente,
la he pasado de bureo.

D. ANDRÉS. Ya lo ves; y esas orgías
tanto deben ocuparle,
que hasta se olvida de darle
á un padre los buenos dias.

FEDERICO. ¡Vaya!

CLARA. Fué una distraccion
sin duda.

FEDERICO. Trae el rosario,
por que va á ser necesario
que escuchemos el sermon.

D. ANDRÉS. ¡Federico!

FEDERICO. No hay por qué

tomarlo con tanto fuego:
si antes no fue, será luego:
buenos dias tenga usté.

D. ANDRÉS Bien está; ¿y es eso todo?
¿Así mi afan se concilia?

FEDERICO. Claro está, con la familia
se cumple de cualquier modo.

D. ANDRÉS. (Ese desvío me inquieta.)

CLARA. Si él mismo se contradice.

FEDERICO. Vamos á ver lo que dice
de nuevo en esta *Gaceta*.
(Coge un periódico, y se sienta.)

ESCENA V.

Dichos, y MARCIAL.

MARCIAL. ¡Buenos dias! don Andrés. (*Entregándole unos papeles.*)
¡Señorita!....

D. ANDRÉS. Hola, Marcial.

FEDERICO. (*Leyendo.*) ¡La deuda del personal
ha bajado mas de un tres!
Vaya un bajon del infierno
que ha dado en dos ó tres meses!
¡Ponga usted sus intereses
en las manos del Gobierno!

MARCIAL. Como ya es hora de abrir
la fábrica, vengo á ver
qué es lo que se debe hacer.

D. ANDRÉS. Lo de ayer puedes seguir;
y mi cariño te ruega
obres sin pensar en mí,
pues sabes que tengo en tí
una confianza ciega.

MARCIAL. Mil gracias; al mismo tiempo
advertirle es mi deber
que pudiera acontecer
hoy aquí algun contratiempo.

D. ANDRÉS. ¿Cómo?

MARCIAL. Se dá por seguro
que mañana, si no es antes,
se verán los fabricantes
tal vez en un gran apuro.
Pues va la Internacional
creciéndose hasta tal grado,
que la huelga ha convocado
de la clase menestral:
y aunque evitar atropellos

se piensa, hay fuerzas escasas!
y quién sabe si las masas...

FEDERICO. Pues á presidio con ellos:
exportando á Filipinas
á todo el que sea sócio,
ponia yo fin al ócio
y á sus ideas dañinas.

MARCIAL. No hay razon para hacer tal.

FEDERICO. Pues la hubiera ó no la hubiera,
Por Dios que yo me entendiera
con esa Internacional.

MARCIAL. Fuera echar por el atajo,
y no basta con querer,
pues nadie puede poner
precio, del hombre, al trabajo.

D. ANDRÉS. ¿Qué piden?

MARCIAL. Que hacer y pan.

FEDERICO. Ya lo tienen.

MARCIAL. Pero escaso...

FEDERICO. ¡Cómo es posible hacer caso
de tanto y tanto truhan...!

MARCIAL. No diré que no se emboce
entre ellos algun bribon;
pero los restantes son
honrados.

FEDERICO. ¡Ya se conoce!
Trabajaran si lo fueran.

MARCIAL. Fuerzas les faltan quizás.

FEDERICO. Pues cuando no puedan mas,
que lo dejen, ó se mueran.

D. ANDRÉS. No, Federico, eso no
lo consiento; porque quiero
que respetes al obrero
como le respeto yo;
y si á insultarle te atreves,
será fuerza se repita,
que si hoy llevas tú levita,
á su trabajo lo debes.
No sé si en esta ocasion
tendrán razon; mas de fijo
cuando ellos lo piden, hijo,
tendrán para ello razon.

CLARA. Yo ni lo entiendo, ni sé
de esas cosas; mas sospecho,
que hacer del pobre en provecho
cualquier cosa, sí lo haré:
si hay una clase cualquiera
que á endulzar su suerte aspire,
no está bien que se la mire

como á una dañina fiera;
y si por medios legales
alcanzar pueden su gusto,
es inícuo y es injusto
no querer calmar sus males;
porque Dios, en sus arcanos,
y en su saber tan profundo,
al echarnos á este mundo
nos hizo á todos hermanos:
y si Cain por sus fines
dió muerte á su hermano, fiero,
no creo que el mundo entero
se componga de Caines.

'EDERICO. Yo veo de otra manera
las cosas; y á ser yo el amo,
lo haria como me llamo
Cuyás, os echaba fuera;
que ya vendrian despues
pidiendo casi por Dios
para que les dieran dos
donde antes ganaban tres:
que al fin y al cabo esa gente,
con diferencia muy poca,
las menos veces es loca,
y las mas intransigente.

ARCIAL. Por mi fé que no tolero
se hable con tal osadia
del que apenas gana al dia
para poner un puchero;
del que sufre sin reproche
de *populacho* el apodo,
mientras le salpica el lodo
que despide vuestro coche:
y no está bien que debajo
se tire, al que con afan,
si á pedir se acerca pan,
es á cambio de trabajo:
mientras otros... que yo sé,
y que de hidalgos las echan,
ese trabajo aprovechan
abusando de su fe.

DERICO. ¿Es usté internacional?

RCIAL. Soy honrado caballero
y por eso no tolero
se burle nadie del mal.

ANDRÉS. ¡Basta! (*Se oye una campana.*)
Sonó la campana.

RA. Usted tiene que comer;

CIAL. harto trabajo es tener

que pensar en el mañana.
Voy don Andrés á mi puesto.

CLARA. (Tengo que hablarte.) *(Ap. á Marcial.)*

FEDERICO. Esta es buena;
cuando empieza la faena
de mi casa, yo me acuesto.
Conque, adios *(á Marcial)*; y tú, muchacho,
no lo tomes con calor. *(Se vá.)*

D. ANDRÉS. Voy á ver si el tenedor
de libros vino al despacho. *(Sale tambien.)*

ESCENA VI.

CLARA *y* MARCIAL.

CLARA. Tengo una buena noticia,
Marcial, que comunicarte.

MARCIAL. Si esos lábios me la anuncian,
preciso es que ha de alegrarme.

CLARA. Ayer me llamó mi tio
al despacho, y muy afable
trató de ver si con maña
conseguia sonsacarme
nuestro amor: como es tan bueno
para conmigo, al instante
le conté mis afecciones,
mis dudas y mis pesares.
Yo temí una reprimenda;
pero lejos de enojarse,
y al parecer satisfecho
de mi eleccion, muy afable
me dió su formal palabra
de disponer nuestro enlace
lo antes posible.

MARCIAL. ¿De veras?
Tanta bondad Dios le pague.
Por fin va á llegar un dia
en que sin dudas ni afanes,
pueda orgulloso, bien mio,
mi tierna esposa llamarte,
sin que á mi pasion consiga
poner obstáculos nadie:
por fin ha querido el cielo
premiar mi cariño amante.

CLARA. Sí, Marcial, no en vano un dia
tu puro amor al pintarme,
sentí dentro de mi pecho
mi corazon agitarse;
y es que quien honrado vive,

como honrado han de tratarle. (*Suena de nuevo la campana.*)

MARCIAL. Adios, Clara, mi deber
fiero me llama á otra parte;
pero tu dulce recuerdo,
que nunca en mí ha de borrarse,
hará mas dulce el trabajo,
mas sufridos los pesares,
seguro de que la dicha
como premio han de otorgarme.

CLARA. Adios, Marcial y no olvides
que es mi cariño constante.

ESCENA VII.

CLARA; *despues* MARIANA.

CLARA. ¡Cómo la dicha dilata
el corazon del que siente,
cuando al darle sus derechos
premiados ve sus deberes!
¿Qué me importa que Marcial
nacido haya entre la plebe,
si un corazon como el suyo
son pocos los que le tienen?
El como bueno se porta,
él mi cariño comprende,
y la honradez y el afecto
buscar deben las mujeres
en el hombre á quien desean
para siempre unir su suerte.

MARIANA. ¡Señorita!

CLARA. ¿Qué hay, Mariana?

MARIANA. Su amiga Luisa, que quiere
ver á usted.

CLARA. Que pase al punto. (*Mariana se va.*)
No sé por qué se detiene,
cuando sabe que mis brazos
amantes la esperan siempre.

ESCENA VIII.

CLARA *y* LUISA.

LUISA. ¡Clara! (*Entrando.*)

CLARA. ¡Luisa, amiga mia!

LUISA. ¡Ay, Clara!

CLARA. ¿Qué te sucede?
¿Por qué de tus ojos veo

las lágrimas desprenderse?
¿Qué desgracia te ha ocurrido?

LUISA. ¡Traigo en el alma la muerte!

CLARA. ¡Habla!

LUISA. ¿Y mi hermano?

CLARA. ¿Marcial?
Ahora bajó á los talleres.

LUISA. Toda mi atroz desventura
mis lábios decirte quieren,
y el rubor de la vergüenza
mis lábios sella...

CLARA. ¿Qué tienes?
La mas cariñosa amiga
en mí has encontrade siempre,
y no está bien que tus penas
á mi cariño le niegues.
Habla, que cuando la angustia
á darnos tormento viene,
desahogándola en un pecho
amigo, menos se siente.

LUISA. Ello al fin será preciso,
pues si tú piedad no tienes
de mi infortunio, benigna,
la paz me dará la muerte.
Tú bien sabes que la infancia
pasamos juntas y alegres,
viendo deslizarse el tiempo
entre juegos inocentes:
mas ¡ay! por fin llegó un dia
en que la contraria suerte
la igualdad de nuestra clase
hizo el oro deferente...

CLARA. ¿Por qué, Luisa, decís eso?

LUISA. Deja que el por qué te muestre.
Aquella amistad de niños
fué, Clara, insensiblemente
creciendo dentro del pecho
sin que yo lo conociese,
hasta el dia que una balla
ví entre nosotros ponerse...
¡Ya Federico me habia
pintado su amor ardiente,
y al querer de aquí borrarlo
fué la costumbre mas fuerte,
y en la red de su perfidia
presos dejé mis deberes!...
Así fué el tiempo pasando,
mientras yo, pobre inocente,
vivia sin mas ventura

que la esperanza de verle
cumplir la santa promesa
que me hizo en hora solemne.

CLARA. ¡Pobre Luisa!

LUISA. Hoy he sabido
que engañándome vilmente,
con una rica heredera
aspira á enlazar su suerte.

CLARA. Hablillas.

LUISA. No, amiga mia,
el corazon me lo advierte,
y para anunciar desgracias
el corazon nunca miente:
por eso, Clara, he venido
á rogarte me aconsejes
en situacion tan difícil
qué es lo que hacer me conviene.

CLARA. ¿Si Marcial supiera el caso?...

LUISA. Por no matarme, muriese.

CLARA. Pues bien; hablar á mi tio
quizás es caso imprudente;
mas para los grandes males
grandes remedios se quieren;
ven conmigo, yo el suceso
(aunque gran daño he de hacerle)
le contaré, él es honrado,
y estar bien segura puedes
de que si el amor no, la honra
sabrá, Luisa, devolverte.

LUISA. Humillante es para mí;
pero no importa; el que débil
así su deber olvida,
por bien empleado tiene
que el oprobio de su falta
inclinar le haga la frente.

CLARA. No vive mas el leal
que aquello que el traidor quiere. *(Se van.)*

ESCENA IX.

ANTONIO.

¡Hole con hole, salero!
ya empiesa el ajo, y la gente
se dispone pa la sambra.
¡Ay, cómo están los talleres!
En vano Marcial, á voces,
llamarlos al órden quiere;
quiá, ni por esas, los mosos
se conose son de temple,

—2

y no se dan á partido.
Bien me decia el denfrente
que antes de los quinse dias
íbamos á ser marqueses;
cuánta bendita trompada
voy á pegar en los dientes
á mas de cuatro flamencos
que las echaban de ternes...
¡Y á luego dirán que el pueblo
no se enfada cuando quiere!
En cuanto empiese la dansa
me voy á echar... dies mujeres,
y quito hasta el apellido
á mas de dos mequetrefes.

ESCENA X.

FEDERICO *y* ANTONIO.

FEDERICO. Está visto que no duermo...
¡Antonio!
ANTONIO. ¿Qué es lo que quieres?
FEDERICO. ¿Eh?
ANTONIO. Mira, dame un sigarro
de los barbianes que tienes,
de esos que sin tu permiso
me fuma argunas veses.
FEDERICO. ¿Pero qué dice este zángano?
ANTONIO. No me fartes, porque puede
que te pegue un gasnataso.
FEDERICO. ¡Se ha vuelto loco!
ANTONIO. Las gentes,
aunque paesen una cosa,
nunca son lo que paesen:
hoy la tortilla se ha güelto,
como too ar fin se güelve,
y pues dar gracias á Dios
que no te mando ponerme
las botas ó cosa ansina...
FEDERICO. Te las pondré si las quieres;
pero en otra parte. (*Le da un puntapie*)
ANTONIO. (*Quejándose.*) ¡Ay!
FEDERICO. ¡Tuno!
pues á buena parte vienes
con bromas.
ANTONIO. ¡Mira que...!
FEDERICO. ¡Largo!
ANTONIO. Porque hoy eres tú el mas juerte
me bajo, pero mañana...
FEDERICO. ¡Si no te vas!... (*Amenazando.*)

ANTONIO. (*Echando ó correr.*) ¡Ay!
FEDERICO. ¡Qué peine!

ESCENA XI.

FEDERICO, *y enseguida* LUISA.

FEDERICO. ¡Pues hombre, buenos estamos!
déjelos usted crecer...
consecuencias de tener
condescendencia los amos:
y quieren ser luego iguales.
¡Donde vamos á parar...!
Si se les debe tratar
como quien trata animales;
y si el remedio no aplico
á tiempo, se me insolenta:
se le ajustará la cuenta
y que... ¡Luisa! (*Viéndola.*)
LUISA. (*Saliendo.*) ¡Federico!
FEDERICO. Que aquí estabas no sabia;
de otro modo...
LUISA. Ya lo infiero;
tampoco yo, *caballero*
hallar á usted presumia.
FEDERICO. Ese tono...
LUISA. Me es estraño,
y á esplicárselo á usted voy:
le empleo desde que soy
víctima de un vil engaño.
FEDERICO. ¡Luisa!
LUISA. Venderme ha querido
con traidora alevosía;
mas hoy, por desdicha mia,
sus intentos he sabido.
FEDERICO. ¿Yo...?
LUISA. De la ambicion en pos,
y con torpes sentimientos,
olvida los juramentos
que hizo en presencio de Dios;
y pensando en un mañana,
posterga usted en mal hora,
al amor de una señora,
el de una pobre artesana;
mas como ella es principal,
es muy justo me rebaje,
porque al fin cubre de encaje
su cuerpo, y yo de percal:
pero sabe desde hoy
que parangon no admití.

y si ella está bien así
yo estoy mejor como estoy.

FEDERICO. No, Luisa, no; te engañaron:
tuyas son mis ilusiones
desde que ambos corazones
tiernamente palpitaron:
tuyo es mi primer amor,
y tuya fuera mi mano,
á ser algo mas tu hermano
que un simple trabajador.

LUISA. ¡Federico!

FEDERICO. Sé que infundo
á tu pasion desaliento;
mas con fuerzas no me siento
para arrostrar de ese mundo
las mil y mil exigencias.

LUISA. Y los que así te contienen
de cumplir, ¿es que no tienen
corazones ni conciencias?

FEDERICO. Quizás digas la verdad;
mas la sociedad lo quiere.

LUISA. Si eso es así, bien se infiere
que es nécia la sociedad.
¡Federico, vuelve en tí,
tu corazon es sensible. .!

FEDERICO. Me pides un imposible,
no me pertenzco á mí.

LUISA. ¡Vé...!

FEDERICO. Dejémoslo al destino,
que está en las manos de Dios:
cada uno de los dos
va por distinto camino.
¿Retroceder? ¡Loco empeño!
pues cada paso que das
nos aleja mas y mas:
no alimentemos un sueño.

LUISA. ¡Piensa...!

FEDERICO. Mi resolucion
es ya, Luisa, irrevocable.

LUISA. Por Dios. (*Cogiéndole una mano.*)

FEDERICO. (*Desprendiéndose.*) ¡Quita!

MARCIAL. (*Entrando.*) ¡Miserable!

FEDERICO. ¡Oh...! (*Con rabia.*)

LUISA. ¡Marcial! (*Suplicante.*)

FEDERICO. (¡Condenacion!)

ESCENA XII.

DICHOS *y* MARCIAL.

MARCIAL. Yo que he tenido valor

de escuchar allí mi afrenta,
y de mi honor pido cuenta,
si sabes lo que es honor.

LUISA. ¡Marcial!

MARCIAL. Tú habrás dicho: quiero
hacer mi gusto, ¡qué importa!
si á la larga ó á la corta
Marcial es un *pobre obrero;*
si él sufre de varios modos,
aunque la razon le sobre;
al fin, el llanto del pobre
no es un llanto como todos.
Mas no pensaste un momento
que el bien del mal es amigo,
y cuando llora el mendigo
temblar debe el opulento,
que aunque un dique de oro aplique
entre el pobre y la osadía,
¡ay de vosotros el dia
en que rompiendo ese dique,
sepan, por fin, los mortales,
que para daños prolijos
todos de Dios somos hijos,
todos, pues, somos iguales.

FEDERICO. Si es que amedrentarme intenta,
y á eso vino, por mi nombre
le advierto que no soy hombre
que tan pronto se amedrenta:
mas debo darle un aviso,
una vez que así resbala,
y es que al entrar en mi sala
se debe pedir permiso.

MARCIAL. Tan buena, si no mejor,
es mi casa, caballero,
y sin permiso un *ratero*
entró á robarme el honor:
es cierto que hay variedad,
y el aviso no me asombra,
porque en la de uste hay alfombra,
y en la mia no, ¿es verdad?
Mas si yo á entrar me propaso,
no mancho, gracias á ella,
mientras *otros* dejan huella
de su miserable paso:
por eso quiero revancha,
y veo fin á mis penas,
que con sangre de sus venas
voy á lavar esa mancha.

FEDERICO. ¡Vamos, este hombre está loco!

LUISA. ¡Marcial! (*Deteniéndole.*)
MARCIAL. ¡Aparta! (*Retirándola.*)
FEDERICO. ¡Insensato,
yo con usted no me bato!
MARCIAL. Ni yo lo quiero tampoco,
eso fuera importuno,
no hay para qué; los aceros
los usan los caballeros, (*con sarcasmo*)
y entre los dos no hay ninguno.
En el trabajo avezado,
puños cobré, fuerzas hice,
y ya es hora que utilice
lo que el trabajo me ha dado.
FEDERICO. ¿Qué quiere usted? Acabemos
cuestion tan interminable.
MARCIAL. Castigar á un miserable
como los pobres sabemos:
dése usted por advertido,
pues por la furia cegado,
¡voy á ver si un hombre honrado
hace rodar á un bandido!
FEDERICO. ¡Vive Dios, vamos á verlo!
(*Luchan un breve momento, hasta que Federico, impulsado por Marcial, apoya una rodilla en el suelo; al estrépito, y al grito de Luisa, salen D. Andrés y Clara.*)
LUISA. ¡Favor!

ESCENA XIII.

DICHOS, D. ANDRÉS *y* CLARA.

D. ANDRÉS. ¡Marcial!
CLARA. ¡Federico!
D. ANDRÉS. ¿Qué sucede?
MARCIAL. Nada, un rico
que pide perdon de serlo.
D. ANDRÉS. Dura ha sido la leccion.
MARCIAL. Señor...
D. ANDRÉS. Estoy informado
de todo lo que ha pasado,
y tendrás reparacion:
Federico, esta es tu esposa. (*Por Luisa.*)
FEDERICO. ¡Padre!
D. ANDRÉS. Lo mando, lo exijo,
que quiero para mi hijo
una mujer hacendosa;
no superior á ella eres,
que aunque el oirlo te espante,
antes de ser fabricante

ganć el pan en los talleres:
si en tu loco frenesí
miras mas alta tu estrella,
ya que bajaste hasta ella,
debes subirla hasta tí.
Tú, Marcial, tambien es llano
que logres tu afan.

MARCIAL. ¡Señor!

D. ANDRÉS. Por Clara, ¿sientes amor?

MARCIAL. Sí.

D. ANDRÉS. Pues bien, tuya es su mano.

CLARA. ¡Oh dicha!

ESCENA XIV.

MARIANA *muy azorada; despues los* OBREROS.

MARIANA. ¡Válganos Dios!

D. ANDRÉS. ¿Qué ocurre?

MARIANA. Que los obreros
la huelga declaran fieros
y se vienen de mí en pos.
(*Se oye tumulto.*)
¡Ay, el susto va á matarme!
¿No oís? ¡Yo cierro la puerta!

D. ANDRÉS. Mariana, déjala abierta,
no tengo por qué ocultarme.
(*Entran los obreros en tropel.*)

UN OBRERO. Aquí está.

MARCIAL. (*Deteniéndolos.*) ¿Qué vais á hacer?
¿Encontrais acaso justo
de tal modo, á vuestro gusto,
abandonar el taller?
¿Está bien que alborotando
allaneis el gabinete?
Quien quiera se le respete
debe empezar respetando.

EL OBRERO. ¡Queremos pan!

MARCIAL. Vuestro afan
yo lo apruebo, por que es justo;
mas no es causando un disgusto
como se consigue el pan:
sé que lo vuestro pedís,
porque con vosotros vivo;
pero no es ese motivo
para entrar como venís.
Llegad con paso sereno,
hablad, y yo así os arguyo,
porque quien tiene lo suyo
no ha menester de le ageno.

EL OBRERO. Habla tú, y lo harás mejor.
MARCIAL. Sea; señor, mis hermanos,
de ser obreros, ufanos,
y del trabajo al amor,
quieren dentro de su esfera
mas jornal y mejor trato,
para no ver el ingrato
porvenir que hoy les espera;
quieren seguros vivir
de que el destino fatal
no los lleve á un hospital
su vejez a concluir;
y de su desgracia en pos
quieren ver si se concilia
que no pida su familia
una limosna por Dios.
¿Es eso?
TODOS. ¡Sí, sí!
D ANDRÉS. Marcial,
tú bien lo ves, yo soy viejo,
y de ti espero el consejo
para evitar tanto mal:
si es justa su peticion,
sea como ellos lo piden,
y que por mí consoliden
desde hoy esa asociacion.
EL OBRERO. ¡Viva el amo!
MARCIAL. Haced que cuadre
su amor y desinterés
con el vuestro; en don Andrés
debeis saludar á un padre.
D. ANDRÉS. Id de esa ilusion en pos,
que aunque es para mí un arcano,
quien al pobre da la mano
la suya le tiende Dios.

CAE EL TELON

Obras del mismo autor.

¡¡¡Chindasvinto!!! juguete cómico, en un acto y en verso.

Mi tocayo, id. id.

Un marido infeliz, id. id.

El pueblo rey, id. id.

España y sus hijos, id. id.

Congreso doméstico, zarzuela en un acto.

Firmar las paces, id. id.

En colaboracion con otros.

Un consejo á los maridos, comedia en un acto.

Jorge el Guerrillero, zarzuela en tres.

Los esclavos de la Luna, id. en dos.